

CUATRO DÉCADAS DE INVESTIGACIONES SOBRE RACISMO EN EL PERÚ. ELEMENTOS PARA UN BALANCE¹

Arturo Orbegoso Galarza*

RESUMEN

Se presenta una revisión de las investigaciones que sobre racismo se han hecho en el Perú. Sólo se incluyen estudios empíricos. Estos trabajos provienen de la Psiquiatría, la Antropología, la Sociología y la Psicología. El análisis aborda la identidad mestiza, los estereotipos más difundidos, el aprecio por lo blanco y los borrosos límites entre etnia, clase y raza.

Palabras clave: Prejuicio. Racismo. Discriminación.

ABSTRACT

This is a review of the research about the racism in the Peruvian Society in the last forty years. Only those empiric works are presented. These works come from the Psychiatry, the Anthropology, the Sociology and the Psychology. The analysis focuses on crossbreed identity, the most spread stereotypes, the liking for the white and the fuzzy limit between ethnic and race.

Key Words: Prejudice. Racism. Discrimination.

Los primeros acercamientos serios al racismo en el Perú llevan la firma de Gonzales Prada, Mariátegui y Arguedas, entre otros, y hasta los años cincuenta tienen la forma de ensayos o relatos que, ficción o no, retrataban nuestra realidad. Es recién en los últimos veinte años que la investigación se hace más rigurosa.

Este balance abarca, a grandes rasgos, cuarenta años de investigación. En concreto, desde principios de los años 60 hasta el presente. Comprende principalmente estudios empíricos emprendidos desde la Psiquiatría, la Antropología, la Sociología y la Psicología. A ellos se agrega trabajos de

¹ Este texto amplía y actualiza ideas que sustenté en un Congreso Internacional de Psicología Clínica (Orbegoso, 1997, 1997a) y en la presentación del libro de León, Reyes y Vela (2000). Dedico este texto a mi apreciado colega Ramón León y a mis amigos de la Casa SUR.

*Psicólogo, docente de la Universidad César Vallejo y Consultor de empresas con estudios de post-grado en Psicología Organizacional. E-mail: aorbegosog@yahoo.es

historia. En torno a la historiografía local, sólo se reseñan arbitrariamente algunas publicaciones que a juicio del autor resultan sugerentes e iluminadoras.

Aunque se deja de lado un copioso conjunto de artículos periodísticos y ensayos que tocan el tema (Quijano, 1980; Nugent, 1992) afortunadamente, las intuiciones y reflexiones de sus firmantes han sido recogidas y puestas a prueba en varias de las investigaciones que aquí se refieren. Para una bibliografía pormenorizada, véase León (1998) y León, Reyes y Vela (2000).

Dos advertencias adicionales: los estudios del prejuicio racista en sujetos reales (entrevistados, encuestados o evaluados psicológicamente) irrumpen con fuerza recién a mediados de los años 80. Hasta ese momento la evidencia empírica es escasa. De otro lado, serán estudiosos ligados a la Universidad Católica y a la Casa SUR los que tendrán un rol protagónico en este recuento.

Una intensa presencia

Uno de los aspectos más paradójicos del Perú actual es ser un país mayoritariamente mestizo en donde aún es visible la discriminación racial. Hay quienes se empeñan en trazar distancias entre ellos y sus conciudadanos. Este racismo, alguna vez exclusivo de minorías, hoy parece un elemento de la idiosincrasia nacional. Se halla presente a lo largo de toda la escala social, aunque con peculiares características en cada sector.

La presencia del racismo ha sido confirmada por varios investigadores desde hace mucho (Rotondo y otros, 1963; Fuenzalida, 1971). Pero las investigaciones más fecundas se dieron sólo a partir de la década de los noventa.

Sobre el racismo entre peruanos, Portocarrero (1993) señala que "importantes son el color de la piel y otros rasgos físicos: son signos alusivos a diferencias sociales que interpretamos gracias a códigos aprendidos en nuestra infancia. Y son también objeto de valoraciones estéticas que privilegian o discriminan a las personas que los poseen" (p. 20).

Montes (1991) identificó actitudes de rechazo hacia la lengua quechua en escolares capitalinos de distinta clase social.

² Razones de espacio me impiden abordar el valor que considero todavía tienen las clásicas obras que en psicología han tratado el prejuicio, como las de Adorno y colaboradores (1965), Allport (1968), Arendt (1981) y otras.

Callirgos (1993), a partir de una encuesta callejera realizada con auxilio de una cámara de vídeo, y en la que se interrogó a una serie de personas sobre su propia raza y la de algún personaje público, apunta que las personas mayores de clase alta y media tienen pocos reparos en manifestar sus prejuicios. El autor anota también que los jóvenes expresan sus prejuicios de formas más sutiles como chistes, bromas, apodosos o diminutivos.

Gracias a varias encuestas y entrevistas, Twanama (1992) distingue cuatro formas de discriminar -o "cholear"- propias de los limeños: los rasgos físicos, la procedencia geográfica o étnica, la clase social y el dominio del español. Esta evaluación, de acuerdo con la cual decidimos si una persona nos simpatiza o no, es principalmente inconsciente y aparece ante quienes la practican como meramente racial. El ya citado Portocarrero (1993) suscribe todo esto y apunta que nuestro racismo es principalmente emotivo e inconsciente mas no ideológico o doctrinario.

En la investigación de Cordano (1992) los limeños y serranos serían los más discriminadores. Igualmente, los jóvenes de 20 a 29 años y los adultos de 50 a 59 serían marcadamente intolerantes. Además, los maestros de los sectores medio bajo y bajo son los más racistas. Marcadamente racistas son también quienes proceden de colegios laicos y quienes ostentan un postgrado. Y los docentes de primaria y secundaria más conservadores son también los más etnocentristas.

En una encuesta aplicada a 478 hombres y mujeres de distintos niveles sociales y varios distritos de Lima, Dejo (1994) precisa que 81% confiesa percibir racismo en nuestra sociedad; 42% cita el trabajo, el barrio, el colegio y otros lugares públicos como ambientes de prácticas racistas. Datos parecidos arrojó un sondeo reciente (El Comercio, 2002).

Nuestro secreto descontento y la insoportable levedad de ser "cholo"

El racismo en nuestro medio ha pasado en los últimos tiempos a la clandestinidad, donde se mantiene al acecho. Fruto de la creciente mixtura de culturas que se da en todos los ámbitos, las frases despreciativas cargadas de racismo contra los habitantes de los Andes y sus descendientes asentados en las ciudades, han disminuido. Los continuos cambios que ha conocido la sociedad en las últimas décadas, como decaimiento de los sectores medios y marcada presencia de sectores populares y emergentes, han hecho que las expresiones de racismo pasen a espacios cerrados. Por ello, hoy es mal visto quien se manifieste como racista o discriminador en público. A diferencia de otras épocas, una persona tal sería objeto de burla y censura.

No obstante, dado que el racismo ha marcado por siglos nuestra cultura, el tema todavía genera malestar interior. Plantearlo en público despierta

ansiedad y temor. Discutirlo puede mermar nuestras relaciones con los demás. Podría concluirse que aunque lo hemos desterrado del lenguaje cotidiano, en nuestro fuero interno sigue suscitando conflictos. No es un tema agradable además, debido a que amplios sectores aún no se aceptan del todo.

El médico Carlos Alberto Segúin (1962) creó una categoría psiquiátrico-folclórica para entender a los despreciados de nuestra sociedad: El Síndrome Psicossomático de Desadaptación del Migrante. Este no sería más que aquel conjunto de síntomas psíquicos y físicos que asalta a un sector de andinos como resultado del choque cultural que supone su arribo a las ciudades de la costa. Un elemento fundamental en la etiología de tal síndrome es el cambio brusco de ambiente, clima, alimentación y costumbres.

Por su parte, Rotondo Mariátegui y Aliaga (1963) identifican, debido a factores psico-genéticos (niñez en abandono) y sociológicos (marginalidad), las siguientes características de personalidad en los mestizos que evaluaron: depresión, pesimismo, inseguridad, recelo, envidia, minusvalía y otras.

Callirgos Valle (1984) encontró que más del 40 % de su muestra de migrantes andinos se niegan a sí mismos y se confiesan descontentos con lo que son.

Nuestro racismo es, para los entrevistados por Callirgos (1993), un tema que despierta angustia y temores. Y aparecería clara y abiertamente, con toda su carga nociva, ahí en situaciones de conflicto. Los adjetivos racistas son, así, sinónimo de insulto.

Cordano (1992) confirma el bloqueo, la evasión y la inseguridad que genera el tema en maestros de escuela activos y en estudiantes de educación.

Cosamalón (1993) encuentra que para escolares de estrato bajo el vocablo "cholo" desencadena una suerte de bloqueo, es decir, ofende; significa un insulto y despierta como reacción el negarse a aceptar este apelativo y mucho menos admitirlo como identidad. Para escolares de sectores medio y medio alto implica también lejanía, el deseo de no identificarse con él y se percibe como la denominación que designa a un grupo bajo e inferior.

En la misma línea de trabajo, Acha (1993) refiere que en un medio que margina o rechaza lo autóctono, quienes poseen rasgos nativos en su apariencia o en su comportamiento son presionados a esconderlos. Inician así denodados esfuerzos por adquirir la cultura dominante empezando por aprender a hablar el español que es, en nuestro medio, vehículo indispensable de adaptación y ascenso social. De sus entrevistados, dice

(Acha, 1993: 318): "...sentimientos de inseguridad y la consecuente necesidad de protegerse de las amenazas externas, los hacen alejarse y rechazar más abiertamente a personas que encarnan maneras y estilos de vida que son indeseables para ellos". Tales conductas y personas les recordarían su verdadero origen y, por tanto, su condición de marginados e inferiores. Esto es lo trágico del asunto, puntualiza Acha (1993), se rechazan características de uno mismo toda vez que el tachado de indígena o mestizo –"cholo"– "quiere dejar de ser andino y se alimeña de manera forzada, mimetizándose en distinto grado con sus agresores" (p. 325).

Contra lo que pudiera pensarse, esta adopción que hacen los despreciados de los hábitos de los prejuiciosos y dominantes, también se da en otras sociedades que conocen el fenómeno de las migraciones internas o del exterior (Campo-Flores, 2000).

En torno al término "cholo", debe decirse algo más

Curiosamente, algunas indagaciones evidencian que lo cholo actualmente es bien valorado. Un grupo de encuestados lo ve como la mayoritaria identidad cultural y distintiva de los peruanos. Algunos interpelados señalan el trabajo, el esfuerzo y el empeño como valores positivos del cholo (Cosamalón, 1993). Y los encuestados por Dejo (1994) refieren, asimismo, que los cholos son trabajadores y honestos.

¿Cómo entender datos tan contradictorios? ¿Ser cholo es bueno o malo? La respuesta estaría en lo siguiente: si se usa tal vocablo en situaciones de conflicto interpersonal, es inaceptable. Si se habla de "los peruanos" como mayoritariamente cholos, el cariz de la palabra cambia completamente.

Mestizos, por lo menos...

Desde hace buen tiempo, los investigadores han concluido que la mayoría de peruanos gustamos de definirnos e identificarnos como mestizos. Si bien algunos suspicaces dirán que éste es más un escudo protector para no ahondar y reconocer nuestro yo real, podría resultar una categoría uniformizante e integradora en una sociedad urgida de ello.

Pero entre el discurso y la realidad objetiva -¿o subjetiva?- hay un largo trecho. Varias son las investigaciones que comprueban nuestra aceptación como mestizos pero, asimismo, nuestra predilección por lo blanco. Es decir, nos faltaría aceptar una identidad en sentido positivo y a boca llena. Hasta hoy nos decimos mestizos por defecto, porque no podemos ser otra cosa aunque de hecho sí lo deseamos. Seríamos mestizos como consuelo. Aunque esta situación parece estar cambiando.

Rotondo y otros (1963) detectaron una mayoritaria identificación de sus examinados como mestizos. Y hacerse mestizo es relativamente fácil, decían los evaluados de Fukumoto (en Oliart, 1991), basta tan sólo esforzarse por cambiar algunas costumbres personales. Y los escolares consultados por Bustamante (1986) revelaron mayor identificación con lo mestizo que con lo blanco. Hallazgos similares reporta, en universitarios, Orbegoso (1995).

Los estereotipos: de todos contra todos

Otro rasgo predominante de nuestro prejuicio racista es su multidireccionalidad. En verdad, no se concentra entre dos grupos, como podrían ser los blancos y andinos. En los grupos que podrían calificarse de intermedios también rige la discriminación: los más cercanos al blanco desprecian a los que se aproximan al nativo. Y hay un prejuicio dirigido contra otros dos contingentes étnicos, los de ascendencia y rasgos orientales y los afro-peruanos. A esto se suman nuestros varios regionalismos. Hoy se sabe con certeza que si el costeño recela del andino, éste lo hace del primero.

En los entrevistados de ascendencia nativa de Rotondo y otros (1963) se halló percepción de hostilidad por parte de otros grupos y estereotipos positivos hacia los costeños y negativos hacia los andinos. Además, los costeños de la muestra aprecian al andino como enigmático, desaseado, malo y envidioso; los nativos del ande ven al de la costa como haragán, pícaro y malvado.

Zornoza (1985) observó que los blancos se perciben mejor a sí mismos que como lo hacen los mestizos. Paralelamente, los mestizos aprecian mejor a otros grupos, lo que no hacen los blancos. En ambos grupos las expresiones "cholo" y "blanquiñoso" suscitaron respuestas menos favorables que los conceptos "mestizo" y "blanco".

Golte y Adams (1987) descubrieron, en respuesta a la actitud despectiva de los capitalinos, la presencia de prejuicio anti-limeño en andinos originarios de 8 localidades serranas. El limeño es visto por éstos como conformista -léase oportunista-, y amigo del menor esfuerzo.

En un estudio de fines de los ochenta, Portocarrero (1993) ahondó en el tema gracias a un test proyectivo. Se describe al blanco como profesional, con éxito y feliz. Y el mestizo sería, lógicamente, todo lo opuesto. Además, el blanco guarda hacia el cholo -según los entrevistados- desprecio, miedo y culpa, mientras que este último expresa odio hacia aquél.

Otro estudio determinó también la desaprobación del andino (Orbegoso, 1995).

León (1998) corrobora la existencia de estereotipos regionales muy difundidos y a favor del andino. Mientras éste es apreciado como emprendedor, trabajador, modesto, nada envidioso, discreto y confiable, el costeño es lo opuesto: conformista, ocioso y hablador. Esta revalorización de lo serrano parece responder a que la encuesta la respondieron residentes en Lima, una ciudad poblada por numerosos migrantes y sus descendientes.

León y otros (2000) descubrieron que Lima concentra un mayor porcentaje de prejuicios y estereotipos que Trujillo.

Portocarrero (1993) observa que hay toda una serie de sentimientos y estereotipos que refuerzan las identidades colectivas y tornan tirantes y conflictivas las relaciones entre los grupos.

Mundos imaginarios y sin fronteras

Caracterizar nuestro racismo no es tarea sencilla. Ello supone examinar roles sociales que se combinan, intercambian o entrecruzan. Es decir, nuestros grupos étnicos no son cerrados; de alguna manera son permeables y no muy fáciles de distinguir. Aun más, no siempre coinciden, a nivel étnico, el grupo de referencia (aquel con el que una persona se identifica) y el grupo de pertenencia (aquel colectivo que le asignan los demás). De hecho, una persona puede ser tildada de un modo en un contexto y reconocida de otro distinto al cambiar de circunstancias.

Esta dinámica interétnica no es privativa de nuestro país, se le halla también en otras latitudes (Fukumoto, 1985; Callirgos, 1993, Campo-Flores, 2000).

Pese a que nuestros grupos étnicos parecen más implícitos que reales, cada uno de ellos desarrollaría una identidad colectiva que dificulta sus relaciones con los demás (Portocarrero, 1993).

A este respecto, Portocarrero (1993: 100) señala lo siguiente: "...de hecho la asociación entre un tipo físico, un estilo de vida y una procedencia regional se ha relajado mucho. La creencia de que existe una jerarquía natural de razas y culturas, idea que antes justificaba los prejuicios, tiende a perder vigencia en la conciencia de los distintos grupos sociales y -consecuentemente- la base de los prejuicios se desplaza a lo socioeconómico y lo regional. No obstante en este proceso de desplazamiento se retienen elementos raciales que sirven de molde a los nuevos prejuicios". En suma, atribuimos como raciales o genéticas diferencias que no lo son.

Pese a estar decayendo, todavía es visible una coincidencia entre clase social y grupo étnico, es decir, mientras mejor o más encumbrada se ubique una

persona en la escala social, más clara será su tonalidad de piel y más acentuado su dominio de la cultura occidental o moderna. A la inversa, mientras más se desciende en la escala social, más oscura será la piel y menor el dominio de la cultura imperante. En tales estratos bajos prima la cultura autóctona o una peculiar mixtura entre ambas vertientes a la que suele llamarse cultura popular. No es extraño entonces que en el país se dé una soterrada segregación basada en criterios étnicos y económicos dado que por buen tiempo la intersección entre clase, cultura y raza imposibilitó la movilidad o emergencia de amplios sectores. Estas barreras, de difícil abolición antaño, dieron pie a que algunos estudiosos vieran nuestra sociedad similar a un régimen de castas (Quijano, 1980).

Además, cada grupo étnico tendría, para la mentalidad popular, una imagen distintiva, un comportamiento típico, un conjunto de conductas claramente visible e inconfundible que conduce a los estereotipos ya referidos.

Acorde con lo expuesto, en un estudio temprano, Fuenzalida (1971), tras estudiar comunidades campesinas en distinto estadio de evolución o integración con la economía capitalista, reconoce la existencia de diversos prejuicios y estereotipos entre sus miembros y apunta que no habría una rígida correspondencia entre grupos étnicos (blanco, indio y mestizo) y clases sociales. Por el contrario, estos colectivos serían de límites difusos e imprecisos.

Fukumoto (PUC, 1992), en 1976, halló que para sus encuestados de una zona marginal de Lima existen dos grupos raciales infranqueables: los blancos y los negros; el resto son colectivos permeables o mutables.

Portocarrero y Oliart (1986), al encuestar a 1693 escolares de Lima y otras nueve ciudades, destacan que el prejuicio racista se halla combinado con diferencias socioeconómicas, regionalismo y etnocentrismo.

Producto de todas sus investigaciones, Portocarrero (1993) concluye que nuestros grupos étnicos no son estancos.

Ese blanco objeto del deseo

Gonzalo Portocarrero (1993: 20) sostiene que los peruanos "asociamos lo blanco con lo bello y superior; lo oscuro con lo feo e inferior. Un rostro, un cuerpo, por el mero hecho de ser claros, se revisten de un mayor prestigio y un atractivo extra para la percepción común" (p. 20).

De la Flor (1980), al estudiar la influencia de la TV en niños de 6 a 10 años, confirmó una generalizada predilección estética por lo blanco.

Trabajando con escolares de diferentes niveles socioeconómicos, Bustamante (1986) señala que en todos los estratos lo blanco es mejor valorado que lo mestizo. Además, la congruencia entre valoración e identificación varía de estrato a estrato: si en los sectores altos lo blanco es mejor valorado y a la vez mayor objeto de identificación, lo opuesto ocurre en los sectores bajos donde lo blanco es igualmente bien apreciado, pero hay una mayoritaria identificación con lo mestizo.

En los estratos alto y bajo, dice Portocarrero (1993), el individuo blanco es mejor valorado que el cholo o mestizo.

Un 51% de los encuestados por Dejo (1994) reconoce a los blancos como los mejor vistos y más aceptados en nuestra sociedad.

Entre un 60 y 80% de los universitarios de ambos sexos evaluados por Orbegoso (1995) rechazan lo andino y prefieren lo blanco.

Los 789 universitarios encuestados por León (1998) confirman esta tendencia para todos los distritos de la gran Lima. Lo interesante de este estudio radicó en que se solicitó a los sujetos identificar qué proporción de blanco o andino creían poseer (*nada, muy poco, algo, mucho, 99-100%*). En mayoría dicen tener nada o un mínimo de andinos. Y más de la mitad de hombres y mujeres afirma tener *algo* de blancos.

Hallazgos similares hicieron el mismo León y otros (2000) en 362 universitarios de dos ciudades, Trujillo y Lima.

Una encuesta hecha en Lima a 517 personas señala la misma tendencia (El Comercio, 2002).

El racismo histórico

Entre fines de los años ochenta y principios de los 90, como resultado de la crisis social y de la violencia política que enfrentábamos, varios investigadores provenientes o cercanos a la Pontificia Universidad Católica asumen como tema de investigación el racismo en el país.

En un texto ya clásico, Flores Galindo (1994) muestra que el prejuicio racista marcó nuestra vida como colonia y como república. Manrique (1993), Callirgos (1993) y Portocarrero (1993) prosiguen tal rastreo en nuestra historia.

Manrique (1993) ha probado con erudición que nuestro racismo nace casi al mismo tiempo que el país. Dice este autor que el prejuicio que sentían los españoles hacia los musulmanes fue trocado en nuestras tierras contra los

andinos. Por lo tanto, así como un español renegaba, vanamente por cierto, de su herencia árabe y judía en el siglo XVI, los mestizos y criollos del Virreinato del Perú aprendieron a rechazar y ocultar su legado indígena. Estos sentimientos se mantienen actualmente entre los peruanos. Dice este autor que hay prejuicio entre los diversos grupos que componen nuestra sociedad. Asimismo, este racismo implica querer desprendernos de parte de nuestra herencia autóctona que sentimos como mancha terrible. Por último, se oculta o ejerce este racismo a media voz.

Por la misma época, el psicoanalista Max Hernández (1993) publica una biografía del Inca Garcilaso de la Vega. En ella destaca el drama que supuso para el cronista su condición de mestizo e hijo ilegítimo, un ciudadano de segunda. Retrata su necesidad de afirmación personal al cambiar de nombre, viajar a España, convertirse en caballero, pelear contra los moros y, finalmente, al hacerse escritor, retornar a sus raíces indias en la senectud.

Por su lado, Poole (2000) prueba que la imagen del indio que ha transitado por la historia ha conocido variantes. Estas ideas marcaron los relatos de viajes y expediciones científicas y la literatura de los europeos así como la iconografía colonial y republicana en el Perú. Paradójicamente, los habitantes del Perú acogieron como propias las prejuiciosas ideas de los extranjeros.

A modo de síntesis

¿Qué características tiene el racismo en nuestro país? De forma muy sintética, y recogiendo lo señalado por los autores citados, las siguientes:

- Es secular, tiene varios siglos de existencia. Nació con la propia idea del Perú.
- Es masivo y definido en su dirección. Las investigaciones hechas hasta hoy revelan que un alto número de peruanos rechaza lo autóctono y lo indígena.
- Es profundamente negado; esto es, pocos están dispuestos a confesarse como racistas o como víctimas de trato racista. Buen número de peruanos no sabe o no se da cuenta que es racista.
- Es parte de nuestra idiosincrasia, de nuestra mentalidad; no es doctrinario ni surge de una ideología partidaria. Simplemente es un hábito que adquirimos muy temprano y no está elaborado intelectualmente.

- Está socialmente aceptado. Es una conducta y una actitud permitida y requerida en algunos círculos.
- Es mesocrático. Aunque en términos prácticos la clase media ha conocido quizá la peor de sus crisis, pareciera que decirse miembro de ella implicara o requiriera profesar cierta dosis de prejuicio racista.
- Es, con intensidad variable, multidireccional. Es de todos contra todos. Del costeño hacia el serrano y al revés. De ambos hacia el selvático y viceversa.
- Es automutilador. Ser racista en nuestro país es querer amputar una parte de nosotros mismos, de nuestra identidad. Es desear que en cada uno de nosotros, como por decreto, prime la parte que nos gusta y desaparezca la que nos desagrada.
- Está mezclado o se presenta combinado con otros prejuicios: de clase, cultural, político, etc.
- Es plástico o variable. Cambia con las circunstancias y las personas de que se trate. Por ejemplo, una misma persona puede ser vista como blanca en un ambiente y como no blanca en otro distinto.

Es instrumental en nuestros conflictos. Cuando hay un conflicto o enfrentamiento abierto aparecen las expresiones racistas para denigrar y rebajar aún más al oponente.

Es creador de ansiedad. El racismo es un tópico muy sensible como tema de conversación. Puede herir la susceptibilidad de nuestros interlocutores.

REFERENCIAS

1. **ACHA, E.** (1993), Poder en el aula: el imperativo de convertirse en cholo a la limeña. En: Portocarrero, G. Ed., Los nuevos limeños. Sueños, fervores y caminos en el mundo popular. Lima: SUR-Casa de Estudios del Socialismo – Taller de Estudios de las Mentalidades Populares-TEMPO, pp. 313-327.
2. **ADORNO, T., FRENKEL-BRUNSWICK, E., LEVINSON, D. y SANFORD, N.** (1965), La personalidad autoritaria. Buenos Aires: Proyección.
3. **ALLPORT, G.** (1968), La naturaleza del prejuicio. Buenos Aires. Editorial de la Universidad de Buenos Aires-EUDEBA.

4. **ARENDE, H.** (1981), Los orígenes del totalitarismo. Madrid: Taurus.
5. **ASOCIACIÓN LABORAL PARA EL DESARROLLO, ADEC-ATC** (1993), Cuestión de piel. Testimonios de racismo en el Perú. Lima.
6. **BUSTAMANTE, R.** (1986), Raza e identidad social positiva y negativa en Lima. En: León, F. Ed., Psicología y realidad peruana. El aporte objetivo. Lima: Mosca Azul, pp. 107-130.
7. **CALLIRGOS, J.** (1993), El racismo. La cuestión del otro (y de uno). Lima: Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo-DESCO.
8. **CALLIRGOS VALLE, A.** (1984), Aspectos de la identidad cultural en obreros especializados en cristalería de Lima Metropolitana. Lima: Universidad Ricardo Palma-URP (tesis).
9. **CAMPO-FLORES, A.** (2000), Moreno vs. Moreno. En: Newsweek en español. Ed. del 20 de setiembre, pp. 44-45.
10. **CORDANO, D.** (1992), La discriminación étnico-racial y los centros de formación docente. En: Debates en Sociología N° 17, pp. 31-53.
11. **COSAMALON, A.** (1993), Notas sobre el uso de la palabra cholo. En: Portocarrero, G. Ed., Los nuevos limeños. Sueños, fervores y caminos en el mundo popular. Lima: SUR-TEMPO, pp. 279-284.
12. **DEGREGORI, C. y GROMPONE, R.** (1991), Demonios y redentores en el nuevo Perú. Una tragedia en dos vueltas. Lima: Instituto de Estudios Peruanos-IEP.
13. **DEJO, F.** (1994), Razas y racismo en Lima. Suplemento Dominical de El Comercio, Ed. del 13 de noviembre, pp.8-9.
14. **DE LA FLOR, M.** (1980), El uso de las categorías sociales en relación a un personaje de TV. Lima: PUC (tesis).
15. **EL COMERCIO** (2002), No es cuestión de piel. Lima. Ed. del 6 de enero, p. E7.
16. **FLORES GALINDO, A.** (1994), Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes. Lima: Horizonte.
17. **GOLTE, J. y ADAMS, N.** (1987), Los caballos de Troya de los invasores. Estrategias campesinas en la conquista de la Gran Lima. Lima: IEP.
18. **FUENZALIDA, F.** (1991), Poder, etnia y estratificación social en el Perú rural. En: MATOS, J., FUENZALIDA, F., COTLER, J., ESCOBAR, A., SALAZAR BONDY, A. y BRAVO BRESANI, J. Perú: hoy. México: Siglo XXI.
19. **FUKUMOTO, M.** (1985), Desarrollo de la teoría étnica en las ciencias sociales. En: Antropológica N° 3. Lima, pp. 7-32.
20. **HERNÁNDEZ, M.** (1993), Memoria del bien perdido. Lima: IEP.
21. **LEON, R.** (1998), El país de los extraños. Lima: URP.
22. **LEON, R., REYES, G. y VELA, O.** (2000), Racismo, aristocracia y seudomodernidad. Lima: URP.
23. **MANRIQUE, N.** (1993), Vinieron los sarracenos... El universo mental de la conquista de América. Lima: DESCO.

24. **MONTES, I.** (1991), Actitudes hacia la lengua quechua en estudiantes de quinto de secundaria de dos colegios de Lima Metropolitana. Lima: URP (tesis).
25. **NUGENT, G.** (1992), El laberinto de la choledad. Lima: Fundación Friedrich Ebert.
26. **OLIART, P.** (1991), Dominación social y autoestima femenina en las clases populares. En: *Márgenes* N° 7. Lima, pp. 201-220.
27. **ORBEGOSO, A.** (1995), Autoconcepto y racismo en universitarios. Una aproximación psicosocial. Lima: URP (tesis).
28. **ORBEGOSO, A.** (1997), Imagen de familia y conflicto personal en el racista. Ponencia presentada al Congreso Internacional de Psicología Clínica. Lima: Universidad de Lima, 19 al 21 de noviembre (inédito).
29. **ORBEGOSO, A.** (1997a), Racismo, género y clase media. Un estudio y un balance. Ponencia presentada al Congreso Internacional de Psicología Clínica. Lima: Universidad de Lima, 19 al 21 de noviembre (inédito).
30. **PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU-PUC.** (1992), Resúmenes de tesis de bachillerato, licenciatura y magíster en sociología y antropología (1968-1990). Dirección Académica de Investigación. Lima.
31. **POOLE, D.** (2000), Visión, raza y modernidad. Lima: SUR-Consejería en Proyectos.
32. **PORTOCARRERO, G. y OLIART, P.** (1986), El Perú desde la escuela. Lima: Instituto de Apoyo Agrario-IAA.
33. **PORTOCARRERO, G.** (1993), Racismo y mestizaje. Lima: SUR.
34. **QUIJANO, A.** (1980), Dominación y cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú. Lima: Mosca Azul.
35. **ROTONDO, H., MARIÁTEGUI, J. y ALIAGA, P.** (1963), Áreas de tensión en una población urbano marginal. Los Prejuicios Raciales. En: *CARAVEDO, B., ROTONDO, H. y MARIÁTEGUI, J. Eds.*, (1963), Estudios de psiquiatría social en el Perú. Lima: Ediciones del Sol.
36. **SEGUIN, C.** (Ed.), (1962), Psiquiatría y sociedad. Estudios sobre la realidad peruana. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos-UNMSM.
37. **TWANAMA, W.** (1992), Cholear en Lima. En: *Márgenes* N° 9. Lima, pp. 206-240.
38. **ZORNOZA, C.** (1986), Auto y heteroestereotipo étnico en estudiantes preuniversitarios de Lima Metropolitana. En: *Revista de Psicología de la PUC*, N° 4. Lima, pp. 157-166.